

SISTEMA DE PARTIDOS Y PARLAMENTO EN GRAN BRETAÑA: 1992

Por GEOFFREY K. ROBERTS

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN.—II. EL SISTEMA DE PARTIDOS Y LOS PARTIDOS.—III. LAS ELECCIONES GENERALES.—IV. PROBLEMAS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—V. LA AGENDA PARLAMENTARIA.—VI. PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO.

I. INTRODUCCION

Era inevitable que 1992 fuera un año muy significativo para los partidos políticos. Las elecciones generales no podían celebrarse más allá de junio (1). Estas elecciones generales conducirían necesariamente a un resultado señalado. Si el Partido Laborista conseguía la victoria, formaría su primer Gobierno desde 1979, si bien pocos eminentes políticos de este Partido habían formado parte nunca del Gobierno. Si ganara el Partido Conservador, lo haría por cuarta vez consecutiva, hecho sin precedentes desde que la democracia moderna se desarrolló en Gran Bretaña. En el caso de que ningún partido obtuviera la mayoría, un denominado «*hung*» Parlamento pondría a prueba los límites de la no escrita Constitución británica.

Sin embargo, también otros acontecimientos políticos harían memorable a 1992: el debate sobre el Tratado de Maastricht (y sobre las relaciones de Gran Bretaña con la Europa comunitaria); una drástica devaluación de la libra esterlina y su salida del Sistema Monetario Europeo (SME), y una serie de crisis que afectaron el *status* y futuro de la familia real.

(1) Por ley, la duración máxima del Parlamento es de cinco años. El primer ministro puede solicitar del Monarca la disolución del Parlamento antes de que hayan transcurrido los cinco años, permitiendo la celebración de nuevas elecciones.

II. EL SISTEMA DE PARTIDOS Y LOS PARTIDOS

Saber que 1992 sería un año electoral hizo a los partidos especialmente sensibles a las fluctuaciones en su popularidad entre el electorado y a las relaciones entre ellos en el sistema de partidos.

A comienzos de 1992 las encuestas de opinión mostraban una mayor popularidad de los conservadores que de los laboristas. Una encuesta publicada el 26 de enero de 1992 mostraba que el 42 por 100 de los encuestados apoyaban a los conservadores, un 39 por 100 al Partido Laborista y un 16 por 100 a los liberal-demócratas (2). En febrero, un sondeo en 52 circunscripciones marginales, que estaban entonces representadas por parlamentarios conservadores señalaban que el 43 por 100 de los encuestados pensaban votar conservador, frente al 41 por 100 partidarios de los laboristas, lo cual indicaba una ventaja suficiente para dar a los conservadores una mayoría de 20 escaños en la Cámara de los Comunes (3). En marzo, sin embargo, el Partido Laborista comenzó a obtener más apoyo que los conservadores: una media de varios sondeos que se publicó el 22 de marzo daba a los laboristas un 41 por 100, a los conservadores un 38,5 por 100 y a los liberal-demócratas 16,5 por 100 —aunque los sondeos mostraban en el período inmediatamente anterior a las elecciones cifras más altas de indecisos que en otras ocasiones (4)—. A finales de marzo, menos de dos semanas antes de las elecciones, las apuestas daban como ganador al Partido Laborista con un número de escaños superior (5). Al acercarse las elecciones, las encuestas situaban en cabeza a los laboristas, pero con tan escasa ventaja sobre los conservadores que el resultado más factible parecía ser un *hung* Parlamento, sin ningún partido con mayoría absoluta (6).

Es necesario mencionar otros factores de relevancia en el probable éxito de los partidos en las elecciones generales.

Al Partido Laborista le ha afectado siempre la relativa impopularidad de su líder, Neil Kinnock, en comparación primero con Margaret Thatcher y después

(2) Encuesta Mori en el *Sunday Times*.

(3) *Sunday Times*, 23 de febrero de 1992. Los liberal-demócratas estaban respaldados por un 13 por 100 de los encuestados.

(4) *Sunday Times*.

(5) *The Independent*, 28 de marzo de 1992. (*The Times*, 18 de marzo de 1992, había señalado que las apuestas favorecían a los conservadores).

(6) Por ejemplo, las encuestas publicadas el día de las elecciones (9 de abril) eran: *The Times* (encuesta Mori): Laboristas, 39 por 100; Conservadores, 38 por 100; Liberal-demócratas, 20 por 100; *Daily Telegraph* (Gallup): Laboristas, 38,5 por 100; Conservadores, 38 por 100; Liberal-demócratas, 20 por 100; *The Guardian* (encuestas IMC): Laboristas, 38 por 100; Conservadores, 38 por 100; Liberal-demócratas, 20 por 100. Las apuestas se inclinaban a favor de un Parlamento «*hung*» (*The Times*, 10 de abril de 1992).

con John Major. Su nivel de apoyo mejoró durante la campaña. Sin embargo, los sondeos habían indicado que el miedo de los votantes de que Kinnock no fuera un buen primer ministro (impresión sustentada por el 47 por 100 de aquellos votantes que se mostraban aún indecisos acerca de a qué partido apoyar) fue la razón principal de que a muchos votantes les disgustara el Partido Laborista —y sólo un 10 por 100 de los votos flotantes mostraban sus críticas hacia John Major como primer ministro como su razón para rechazar al Partido Conservador (7)—. En enero, un sondeo había señalado que los votantes estarían más dispuestos a votar al Partido Laborista si su líder fuera John Smith en lugar de Neil Kinnock (8). Un reportaje en el *Sunday Times*, con conversaciones entre Kinnock y líderes políticos de la Unión Soviética, en las que Kinnock había criticado al gobierno, dañaron la reputación del líder laborista (9).

Tanto antes como después de las elecciones generales, los políticos laboristas prestaron atención al sesgo de gran parte de la prensa diaria y semanal hacia el Partido Conservador. Roy Hattersley, el vice-líder del partido, apreciaba que la prensa distorsionaba deliberadamente la política del Partido Laborista y acentuaba el hecho de que los diarios que apoyaban a los conservadores poseían tres veces el número de lectores de aquellos periódicos (*The Guardian* y *The Daily Mirror*) que generalmente apoyaban a los laboristas (10).

El Partido Laborista estuvo muy molesto con el efecto del «poll tax» (11) sobre el censo electoral. Algunas personas deliberadamente no se habían inscrito como votantes para evitar ser computados y obligados a pagar este impuesto local. Muchos de estos «votantes desaparecidos» vivirían en circunscripciones laboristas o en las que en 1992 el Partido Laborista esperaba ganar. En enero, la Sociedad para la Reforma Electoral alertó de una posible pérdida de 31 escaños para el Partido Laborista a causa del bajo censo de votantes (12). El *Sunday Times* predijo una posible pérdida de 15 escaños que podría haber obtenido el Partido Laborista allí donde la reducción en el número de votantes censados era mayor que la mayoría de parlamentarios laboristas en las elecciones generales de

(7) *Sunday Times*, 15 de marzo de 1992.

(8) ANDREW GRICE: «The Rivals», *Sunday Times*, 19 de enero de 1992.

(9) *Sunday Times*, 2 de febrero de 1992. Las conversaciones habían tenido lugar algunos años antes y se habían publicado siguiendo la apertura de muchos archivos secretos como consecuencia de las reformas en la Unión Soviética.

(10) ROY HATTERSLEY: «The Guilty Editors», *The Times*, 29 de enero de 1992. El periódico *The Sun* se incluía entre los periódicos anti-laboristas en las estimaciones de Hattersley, pero el 48 por 100 de sus lectores apoyaban al Partido Laborista (*Sunday Times*, 2 de febrero de 1992).

(11) Véase GEOFFREY K. ROBERTS: «Partidos y Parlamento en Gran Bretaña: 1989-90», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 73, julio-septiembre 1991, págs. 304-305.

(12) *The Times*, 8 de enero de 1992.

1987 (13). De hecho, el censo electoral de 1992 contenía 230.000 nombres menos que en 1987 (14).

Tras las elecciones generales (véase *infra*) el Partido Conservador tuvo éxito en las elecciones locales, obteniendo 308 escaños adicionales, con el 45 por 100 de los votos, frente al 32 por 100 de los laboristas (y una pérdida de 365 escaños). Pero las encuestas en otoño —especialmente tras la crisis monetaria y la devaluación de la libra a mediados de septiembre— reveló un incremento en el apoyo popular hacia el Partido Laborista (15).

III. LAS ELECCIONES GENERALES

El primer ministro anunció el 11 de marzo que las elecciones tendrían lugar el 9 de abril. En primer lugar defendió su decisión de no celebrar las elecciones en otoño de 1992: afirmó que deseaba asegurarse de que nada le detraería de sus negociaciones relativas al Tratado de Maastricht (16). Sin embargo, la situación económica (que el gobierno esperaba mejorar antes de primeros de 1993) no había cambiado significativamente desde el otoño: Gran Bretaña estaba aún experimentando su más prolongado período de recesión —más de dieciocho meses— desde el final de la Segunda Guerra Mundial (17).

Las encuestas de opinión a lo largo de marzo indicaban que el Partido Laborista mantenía una leve ventaja, pero la diferencia entre los Partidos Laborista y Conservador era demasiado pequeña para predecir los resultados de la elección con una cierta confianza, y parecía probable un nuevo Parlamento sin mayoría absoluta (18).

(13) *Sunday Times*, 19 de enero de 1992.

(14) *Daily Telegraph*, 19 de enero de 1992.

(15) Por ejemplo: Laboristas, 43 por 100; Conservadores, 39 por 100; Liberal-demócratas, 15 por 100 (*Sunday Times*, encuesta Mori, 20 de septiembre de 1992); Laboristas, 51 por 100; Conservadores, 32 por 100; Liberal-demócratas, 14 por 100 (*Observer*, encuesta Harris, 15 de noviembre de 1992); Laboristas, 47 por 100; Conservadores, 34 por 100; Liberal-demócratas, 15 por 100 (*Sunday Times*, Encuesta Mori, 16 de diciembre de 1992).

(16) *Daily Telegraph*, 21 de febrero de 1992.

(17) *Daily Telegraph*, 21 de febrero de 1992.

(18) *Sunday Times*, 15 de marzo de 1992; media ponderada de todos los sondeos en la semana del 8 de marzo: Laboristas, 39,9 por 100; Conservadores, 38,5 por 100; Liberal-demócratas, 16,1 por 100; al 15 de marzo: Laboristas, 40,1 por 100; Conservadores, 38,8 por 100; Liberal-demócratas, 16,5. *The Economist*, 14 de marzo de 1992, pág. 29. Promedio de sondeos realizados en marzo antes del anuncio de las elecciones: Laboristas, 40 por 100; Conservadores, 39 por 100; Liberal-demócratas, 16,5 por 100. *The Economist*, 28 de marzo de 1992, pág. 25. Media de los sondeos celebrados en la semana del 28 de marzo: Laboristas, 41 por 100; Conservadores, 39 por 100; Liberal-demócratas, 17 por 100.

Los conservadores poseían una potencial ventaja sobre la oposición —la necesidad de realizar los presupuestos el 10 de marzo—. Había expectativas de que el Canciller del Tesoro anunciara más reducciones en la tasa media del impuesto sobre los ingresos (normalmente, un 25 por 100), de acuerdo con las promesas conservadoras y significaba ganar votos para las elecciones venideras. En lugar de ello introdujo una reducción de un 20 por 100 sobre las primeras 2.000 libras imponibles, lo que suponía una ventaja para aquellos que estaban en los grupos de ingresos más bajos.

El programa electoral del Partido Conservador (que tenía la extensión de una novela corta: ¡25.000 palabras!) prometía ulteriores reducciones impositivas para situar la tasa *standard* incluso en un 20 por 100 e incluía propuestas para devolver los ferrocarriles y las minas de carbón a manos privadas (19).

A causa de sus problemas financieros, el Partido Conservador gastó menos en la campaña en comparación con 1987: sólo unos cinco millones de libras en publicidad, por ejemplo, lo que significó un tercio menos que el gasto de 1987 (20). Especialmente redujo la propaganda en la prensa en comparación con 1987. Empleó alrededor de 500 personas en la sede central del Partido durante el período de la campaña: a tiempo completo y a tiempo parcial (incluyendo a algunos voluntarios sin sueldo), en comparación con la plantilla normal de 150 (21).

Una de las más grandes afirmaciones de los conservadores era su reputación sobre su competencia para manejar los asuntos económicos de Gran Bretaña (donde siempre había poseído la ventaja sobre el Partido Laborista, incluso si esta ventaja se había reducido a sólo un 7,5 por 100 justo antes de las elecciones) (22), y la imagen de John Major como líder político, que, aunque en declive entre enero y abril de 1992, cuando de un 48 por 100 de aprobación bajó a un 36 por 100, permaneció siempre por encima de la de Neil Kinnock (quien nunca obtuvo más de un 30 por 100 de apoyo) (23).

Aunque podría no haber mucha diferencia en el resultado de las elecciones, los conservadores se sintieron alentados cuando David Owen, el anterior líder de los socialdemócratas, anunció públicamente su apoyo hacia John Major justo antes de las elecciones (24).

(19) *The Times*, 13 de marzo de 1992.

(20) *Sunday Times*, 12 de abril de 1992.

(21) *The Times*, 11 de abril de 1992.

(22) KENNETH NEWTON: «Caring and competence: the long, long campaign», en ANTHONY KING *et al.* (eds.): *Britain at the Polls, 1992*, Chatham House Publishers, Chatham, New Jersey, 1993, pág. 142 (citando datos del índice político Gallup).

(23) NEWTON: *op. cit.*, pág. 151, citando datos del índice político Gallup.

(24) *Mail on Sunday*, 5 de abril de 1992.

Al igual que en 1987, los expertos consideraron la campaña de los conservadores de poca calidad. Parecía responder a las iniciativas del Partido Laborista, más que a la elaboración de un calendario electoral. John Major parecía descolocado al lado de la señora Thatcher —aunque su uso de un pedestal para efectuar discursos *impromptu* a las masas pareció dar a su campaña un toque personal y jugar en su ventaja (25)—.

La campaña del Partido Laborista intentaba centrarse en las deficiencias en Sanidad y en otras políticas sociales. El portavoz de la oposición para asuntos económicos y financieros, John Smith, presentó un presupuesto «alternativo» que (si los laboristas ganaran las elecciones) incrementaría considerablemente los impuestos en aquellos de rentas más altas, pero incrementaría los beneficios para los que pagaran menos. Mientras que los laboristas afirmaban que ocho de cada diez votantes estarían mejor financieramente hablando con este plan, los conservadores (junto con la mayoría de los diarios y semanales) acusaban al Partido Laborista de planear incrementar el promedio impositivo hasta 1.250 libras por año para cada impositor, convirtiendo a los directivos británicos, por ejemplo, entre los más gravados del mundo occidental (26). Los conservadores también rechazaban las críticas sobre la Sanidad, diciendo que bajo los gobiernos laboristas el porcentaje de producto nacional bruto dedicado a los gastos de Sanidad fue de un 4,7 por 100, pero bajo los gobiernos conservadores era de un 5,7 por 100 (27).

La campaña laborista se vió afectada por los cambios en su política desde 1987. Un periódico publicó una serie de artículos ofreciendo detalles de anteriores actitudes y posiciones izquierdistas y sus cambios de principio político (tales como su abandono de la militancia en la Campaña por el Desarme Nuclear) (28). El desequilibrio «nórdico» del equipo de gobierno propuesto fue también un obstáculo para su atracción en el sur de Inglaterra: sólo tres del propuesto gabinete de 22 provenían del sur de Inglaterra y algunos (incluyendo a Neil Kinnock, John Smith, Robin Cook y Gordon Brown) provenían de Gales y Escocia (29).

El Partido Laborista gastó siete millones de su campaña (excluyendo el gasto en las circunscripciones locales y la publicidad a través de los sindicatos) (30). El partido gastó 150.000 libras en el mitin electoral de Sheffield celebrado el 1 de abril. El llamativo estilo de ese mitin, que algunos comentaristas compararon a las convenciones americanas para nominar a los candidatos a presidente o inclu-

(25) *The Economist*, 4 de abril de 1992, pág. 27.

(26) *Sunday Times*, 22 de marzo de 1992.

(27) *Sunday Times*, 29 de marzo de 1992.

(28) *Sunday Times*, 16 y 23 de febrero y 2 de marzo de 1992.

(29) *The Times*, 19 de marzo de 1992. Por otra parte, diecisiete de los veinte ministros *senior* en el Gobierno conservador procedían de áreas en torno a 100 millas de Londres: ¡un equipo también regionalmente desequilibrado!

(30) *The Times*, 30 de abril de 1992.

so a los mítines nazis en Nüremberg, fue más tarde considerado como uno de los factores que disuadieron a los votantes indecisos de votar a favor del Partido Laborista (31).

Los liberal-demócratas decidieron concentrar su campaña en un pequeño número de circunscripciones «objetivo» en las que esperaban ganar. Su programa electoral proponía valientemente *incrementar* la tasa impositiva un 1 por 100 para invertir en Educación y Formación (32). Una anterior postura política: «cuarenta años de gobierno fallido», achacaba los problemas económicos de Gran Bretaña a sus posiciones políticas y constitucionales imperfectas (33). Por consiguiente, no resultaba sorprendente, que la campaña del partido hiciera énfasis en sus propuestas a favor de la reforma constitucional: reforma radical de la Segunda Cámara (la Cámara de los Loes), la introducción de un gobierno regional (al modo de España e Italia), una Constitución escrita y —más importante para los liberal-demócratas— reforma del sistema electoral. La reforma electoral sería el precio a pagar por el apoyo electoral de los liberal-demócratas en favor de uno de los grandes partidos para formar gobierno, si las elecciones no aportaran la mayoría absoluta para ningún partido. El Partido Laborista efectuó una serie de planteamientos ambiguos sobre su probable respuesta a tales demandas. El primer ministro, sin embargo, se mostró inequívoco: dijo que dimitiría de la vida política antes que aceptar un cambio en el sistema electoral (34).

En febrero, el robo de documentos personales de las oficinas de un asesor del señor Ashdown (el líder liberal-demócrata) llevó a la evidencia de que había tenido anteriormente una relación sentimental con su secretaria (35). Sin embargo, su admisión directa y honesta de ello pareció hacerle ganar las simpatías de su partido (incluyendo sentimientos de simpatía por parte de sus rivales políticos) más que disminuir su apoyo electoral, de modo que no hubo evidencia de que la campaña liberal-demócrata se resintiera de este descubrimiento.

En cuanto al resto de los partidos, sólo el Partido Nacional Escocés tuvo un impacto real en la campaña. Esperaba ganar votos —y escaños— de los laboristas por sus políticas más radicales con respecto al futuro *status* de Escocia. Los sondeos de opinión apuntaban a que una gran parte del electorado escocés favorecía la independencia escocesa, pero este asunto se solapó en la campaña electoral con la batalla por el gobierno entre los Partidos Laborista y Conservador. El Partido Verde, afectado por una militancia menguante (reducida a unos 8.000 en

(31) *The Times*, 2 de abril de 1992.

(32) *The Times*, 17 de marzo de 1992.

(33) *The Times*, 22 de enero de 1992.

(34) *Sunday Times*, 5 de abril de 1992.

(35) *The Independent*, 6 de febrero de 1992.

el período de la campaña electoral) y las divisiones internas, no tuvo mucho impacto electoral.

Dos asuntos políticos importantes surgieron en la campaña con relación a la financiación de la campaña y al papel de los medios de comunicación.

Muchos comentaristas —y algunos políticos— consideran insatisfactoria la financiación de los partidos británicos. Los partidos no reciben subvención del Estado (excepto por su trabajo parlamentario); no obstante, se espera que mantengan organizaciones nacionales y la campaña en las elecciones. Las campañas se pagan principalmente mediante donaciones de empresas (en el caso de los conservadores) y de los sindicatos (en el caso del Partido Laborista). Las limitaciones legales al gasto para los candidatos locales son muy restrictivas, pero las organizaciones centrales de los partidos pueden gastar sumas ilimitadas en publicidad electoral nacional. Un periodista pensó que este problema de los límites de gasto —y otros concenientes al buen hacer en las campañas electorales— necesitaban reforma, incluyendo la creación de un «organismo de supervisión electoral» al que presentar las alegaciones de prácticas electorales inadecuadas (36).

Se escucharon argumentos durante la campaña acerca de si los medios de comunicación (y especialmente la televisión) controlaban el calendario electoral mediante la selección de argumentos, imposición de esquemas, agresivas técnicas de entrevistar, etc., o si, por el contrario, los partidos políticos manipulaban a los medios de comunicación para sus propios fines. Algunos comentaristas afirmaban que la televisión actuaba de forma relativamente independiente (37). Sin embargo, otros expertos sugerían que «en 1992, todos los partidos han participado del arte de la manipulación televisiva. La agenda será controlada por los directivos de los partidos, no por el electorado. Es tiempo de evitar considerar la campaña como propiedad de los partidos y dejarles dictar los términos del debate» (38).

El resultado de las elecciones pareció extrañar a todos (excepto al primer ministro, quien confidencialmente había insistido en que los conservadores ganarían de nuevo). El Partido Laborista estaba impactado al haber perdido su cuarta elección consecutiva. Las organizaciones de sondeos de opinión encontraron que sus datos y sus análisis eran muy diferentes de los resultados efectivos. Los comentaristas en la noche de las elecciones encontraban que los «sondeos a la salida» (*exit polls*) (39) habían resultado incorrectos, así como también sus predicciones, incluso cuando el voto se había cumplimentado, había resultado inválido.

(36) RICHARD GIFFORD: «Best voters cash can buy», *The Times*, 10 de marzo de 1993.

(37) TONY HALL: «Not guilty of duping the voters», *The Times*, 18 de marzo de 1993.

(38) ROB SHEPHARD: «And now, a word from ours manipulators», *The Times*, 18 de marzo de 1993.

(39) «Exit polls» son sondeos realizados a la salida de las mesas electorales, que preguntan a los electores su signo de voto, usualmente complementando un símil de papeleta y dándosela al entrevistador. Lo hacen únicamente con gente que ya haya votado.

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES GENERALES: 9 DE ABRIL DE 1992

	Escaños n.º	Escaños %	Votos %	Sondeos de opinión %
Conservadores	336	51,6	42,8	37,1
Laboristas	271	41,6	35,2	39,1
Liberal demócratas	20	3,1	18,3	19,6
Otros	24	3,7	3,7	4,2

(Los datos de los sondeos de opinión son del promedio de las encuestas efectuadas en la semana anterior a las elecciones, publicada en el *Sunday Times*, 12 de abril de 1992. Los porcentajes de votos y los porcentajes de los sondeos excluyen los votos de Irlanda del Norte).

¿Qué explica este extraordinario resultado? El Partido Conservador, con un líder relativamente nuevo e inexperimentado, en una recesión económica y con un récord de medidas impopulares incluyendo el «*poll tax*», reorganización de la Sanidad y reformas educativas, aún conseguía obtener una mayoría absoluta por cuarta vez consecutiva. El veredicto de un científico de la política era que la más moderada versión del post-thatcherismo de los conservadores ofrecida por el señor Major, en contraste con la débil imagen como líder del señor Kinnock, junto con lo relativo a votantes que hubieran podido verse perjudicados por los incrementos impositivos de los laboristas, contaron para la victoria conservadora (40). El profesor Crewe se refería a la mayor dificultad que el Partido Laborista tenía para obtener la mayoría absoluta a causa del declive de los escaños marginales: «En 1964 los laboristas hubieran podido dar la vuelta a una mayoría parlamentaria de 100 del Partido Conservador con un 3 por 100 de cambio —y lo consiguieron—. En 1992 los mayoristas podían únicamente haber alterado la mayoría conservadora de 102 con un cambio de un 8 por 100 —y no lo consiguieron—» (41). En efecto, las peculiaridades e impredecible naturaleza del sistema electoral británico significaba que *allí donde* los votos cambian de conservador a laborista significa más bien *cuántos* votos han cambiado del gobierno a la oposición. Por una parte, si 3.899 más votantes conservadores han votado en su lugar a los laboristas en circunscripciones clave, los conservadores pueden no lograr la mayoría absoluta (42). Por otra parte, la ventaja de los conservadores en votos habría signifi-

(40) DAVID SANDERS: «Why the Conservativa Party won-again?», en ANTHONY KING *et al.* (eds.), *op. cit.*, pág. 212.

(41) IVOR CREWE: «The Thatcher legacy», en KING *et al.*, *op. cit.*, págs. 14-15.

(42) *Sunday Times*, 12 de abril de 1992.

cado —con un cambio uniforme a los laboristas— que el gobierno hubiera tenido una más amplia mayoría de escaños que lo que lograron obtener.

«La lección más significativa de las elecciones generales de 1992 es que, en su presente forma, los laboristas resultan inelegibles» (43). Pero incluso cambios de líder y cambios de política no garantizarían el éxito en el futuro para el Partido Laborista. Probablemente, para las próximas elecciones generales, la Comisión de Límites (*Boundary Commission*) (responsable de llevar a cabo las oportunas reformas de los límites de las circunscripciones para asegurar una aproximada igualdad en el número de electores) tendría que efectuar su próximo informe. A causa del declive en el número de votantes en circunscripciones ciudadanas en lugares como Londres, Manchester y Liverpool, estas ciudades tendrían pocas circunscripciones (así los laboristas ganarían menos escaños incluso al existir un promedio de voto). Esto se estimaba que reduciría probablemente el número de escaños laboristas entre 15 y 20 (44).

Los liberal-demócratas perdieron seis escaños (incluyendo todos los escaños que habían ganado a los conservadores en las elecciones parciales desde 1987), y ganaron únicamente cuatro escaños como contrapeso frente a sus pérdidas. Aunque sus resultados fueron mejores que los que parecían probables en el momento de su contravertida fusión con los socialdemócratas tras las elecciones de 1987, no constituyó un progreso en relación con las elecciones de 1983 ó 1987.

Otros partidos también se vieron defraudados. Los nacionalistas escoceses no consiguieron ningún avance ni frente a los conservadores ni frente al Partido Laborista. El Partido Verde obtuvo sólo un 1,3 por 100 de los votos (y su mejor resultado en una circunscripción fue de sólo el 3,7 por 100).

La nueva Cámara de los Comunes demostraba una división ocupacional notable entre los parlamentarios del Partido Conservador y los del Partido Laborista. Si muchos conservadores tenían ocupaciones en el sector privado (hombres de negocios, abogados, periodistas, etc.), los parlamentarios laboristas provenían predominantemente del sector público o de ocupaciones sindicales: 34 por 100 eran profesores y 13 por 100 habían tenido empleos sindicales a tiempo completo (45). También se había producido un cambio en la balanza sexista. Se habían presentado un número récord de candidatas a los 651 escaños: cerca de 400, frente a las 327 en 1987 y sólo 276 en 1983 (46). De éstas, 59 resultaron elegidas (frente

(43) «Socialism RIP», *Sunday Times*, 12 de abril de 1992.

(44) *Sunday Times*, 12 de enero de 1992. Por ejemplo, la circunscripción de Manchester Wythenshawe tenía registrados 53.548 votantes en 1992, y Liverpool Riverside, 49.595. La Isla de Wight tenía 99.838 votantes registrados y Huntington (la circunscripción del señor Major) 92.913; sin embargo, eligiendo cada una a un solo representante parlamentario.

(45) *Sunday Times*, 12 de abril de 1992.

(46) *The Times*, 12 de marzo de 1992.

a 43 en 1987) (47). El señor Major incluyó a dos mujeres en su gabinete: la señora Shephard (Secretaria de Estado para el Empleo) y la señora Bottomley (Secretaria de Estado para la Sanidad). Dos importantes cambios comparados con el gabinete preelectoral fueron los nombramientos del señor Heseltine (que había sido candidato al liderazgo del Partido en 1990), como ministro responsable del comercio y la industria, y el señor Clarke como *Home Secretary* (equivalente al ministro de Interior en otros países europeos).

Inmediatamente después de las elecciones, las organizaciones de sondeos electorales organizaron reuniones para descubrir por qué en estas elecciones sus sondeos habían fracasado en identificar la sustancial ventaja que los conservadores tenían sobre el Partido Laborista en el día de las elecciones. Las excusas de que los votantes habían cambiado de opinión en el último minuto, o de que no habían sido sinceros en sus respuestas a los sondeos, resultaban poco convincentes —después de todo, ¿por qué no se había producido este fenómeno en las elecciones anteriores?— (48). La unión profesional de organizaciones de sondeos de opinión, la *Market Research Society*, estimaba que los sondeos de hecho habían sobreestimado el porcentaje de voto del Partido Laborista durante muchos años. Las organizaciones de sondeos se mostraban de acuerdo en que del 8,5 por 100 el «error» medio entre circunscripciones tomado justo antes de las elecciones y el resultado actual, cerca del 3 por 100, se debía a cambios de última hora en la decisión del voto, 2 por 100 de los votantes conservadores que no habían querido informar a los entrevistadores de su intención de votar conservador y cerca de un 1 por 100 de entrevistados que no se habían registrado como votantes (en particular para eludir el pago del «*poll tax*») (49).

Los expertos señalaban que métodos de muestreo imperfectos e insuficiente atención prestada a aquellos que no sabían (o no decían) su sentido del voto, eran otros factores que explicaban las discrepancias (50).

IV. PROBLEMAS DE LOS PARTIDOS POLITICOS

El resultado de las elecciones generales demostraba que había ahora, en términos de Sartori, un sistema de partido «dominante» en Gran Bretaña, en algún modo equivalente al predominio de los cristianodemócratas en Italia, o en la Alemania de Adenauer, los socialdemócratas suecos en el período de postguerra o

(47) *The Times*, 11 de abril de 1992.

(48) MATTHEW PARRIS: «Alas, the voters let the pollsters down», *The Times*, 11 de abril de 1992.

(49) *The Times*, 13 de junio de 1993.

(50) DAVID SANDERS, en KING *et al.* (eds.), *op. cit.*, págs. 183-186.

los liberaldemócratas en Japón. Los conservadores parecían destinados a ser el partido gobernante en el futuro previsible (51). El Partido Laborista parecía desempeñar un papel permanente como el principal partido de la oposición, pero sin perspectivas de llegar al gobierno. Resultaba difícil imaginar circunstancias para las próximas elecciones en 1996 ó 1997 que pudieran ser más desfavorables para el gobierno que en 1992: los venideros cambios de límites en las circunscripciones (véase *supra*), la recuperación económica, la mayor experiencia que John Major habría adquirido como primer ministro, todo serían factores que jugaran a favor de los conservadores. Sin embargo, la situación de «dominio» había producido sus propios problemas especiales para todos los partidos principales.

Para los conservadores, había significado que la oposición a la que se enfrentaba el gobierno era una oposición *dentro* de su propio partido (52). Tal oposición se asociaba principalmente con el Tratado de Maastricht, y se hizo más conflictiva con las intemperadas manifestaciones públicas de los dos predecesores del primer ministro. La señora Thatcher aprovechó varias oportunidades para criticar el Tratado de Maastricht y las ambiciones federalistas de Jacques Delors y sus colegas de Bruselas. En particular, un artículo en la revista americana *Newsweek* contenía críticas contra el señor Major y ataques a la «política de consenso» (53). Las respuestas de los ministros de que la señora Thatcher parecía haber olvidado sus propios actos al firmar el Acta Unica Europea sirvieron de poco para evitar la publicidad que habían recibido sus discursos y artículos atacando el Tratado de Maastricht (54).

En octubre, en el Congreso del partido, uno de sus colegas más cercanos, el señor Tebbit (anterior ministro y presidente del Partido Conservador) fue el principal oponente al Tratado de Maastricht. En efecto —inusual para el Partido Conservador, cuyo Congreso es generalmente ocasión para afirmaciones no críticas de lealtad partidista— este Congreso se convirtió en un campo de controversias en relación con la actitud del partido hacia la Comunidad Europea. «El Congreso *tory*, brevemente, resultó más politizado a lo largo de fallas ideológicas y nunca podrá ser igual otra vez» (55). Entre tanto, el excesivo «euro-entusiasmo» de Edward Heath, todavía el más hostil y amargo de los críticos de la señora Thatcher,

(51) HUGO YOUNG: «Britain's one-party system», *Newsweek*, 20 de abril de 1992, pág. 11.

(52) ANTHONY KING: «The implications of one-party government», en KING *et al.* (eds.), *op. cit.*, pág. 230.

(53) MARGARET THATCHER: «Don't undo my work», *Newsweek*, 27 de abril de 1992, págs. 14-15; *Daily Telegraph*, 21 de abril de 1992; *The Times*, 22 de abril de 1992. También resultó con significado su discurso en La Haya, atacando el Tratado de Maastricht y sus fines federalistas (*Daily Telegraph*, 16 de mayo de 1992) y un artículo en *The European*, 8 de octubre de 1992, atacando al señor Major y el Tratado de Maastricht.

(54) *Sunday Times*, 17 de mayo de 1992.

(55) MICHAEL JONES: «Civil war», *Sunday Times*, 11 de octubre de 1992.

le condujo a atacarla por comentarios que ella había hecho sobre el «dominio germánico», denominando estos comentarios: «actitudes fanáticas, xenofóbicas..., rabiosas» (56). Comenzó a surgir un pequeño grupo de parlamentarios conservadores como oponentes al Tratado de Maastricht y votaron en varias ocasiones en contra del gobierno en la legislación en relación con el Tratado. Tal oposición en el interior del partido no provocaría más que irritación al gobierno antes de las elecciones. Pero una mayoría de únicamente 21 resulta peligrosamente pequeña. En efecto, existía la posibilidad de que el gobierno pudiera, en un período de cuatro años, ver desaparecer esa mayoría a causa de derrotas en elecciones parciales. Un estudio de *The Economist* de las pérdidas en elecciones parciales del gobierno anterior sugería que, no obstante, era improbable que el gobierno pudiera perder once elecciones parciales antes de que tuvieran lugar las próximas elecciones (57).

La posición financiera del partido no era saludable. Las donaciones de las empresas se habían reducido, tanto a causa de la recesión como por algunos desacuerdos con determinadas políticas del gobierno. Se estimaba que las deudas conservadoras excedían en mayo de los 12 millones de libras y que sobrepasaban los 15 millones en noviembre (58). El nuevo presidente del partido, Sir Norman Fowler, invitó a una firma de consultores financieros para examinar las operaciones de la sede central del partido, y él, mientras tanto, redujo los gastos y llevó a cabo una reducción de un 20 por 100 en la plantilla del partido (59).

Una serie de escándalos afectaron a la moral y a la imagen pública del partido. Se criticó al Canciller del Tesoro, señor Lamont, por recibir fondos públicos por pagar parte de sus costas legales al desahuciar a un arrendatario de su casa (60). Otro ministro, David Mellor, dimitió como ministro del Patrimonio Nacional a causa de la publicidad relativa a sus poco aconsejables relaciones con mujeres (61). Sugerencias de que algunos ministros habían violado la ley al aprobar exportaciones de armas a Iraq unos años antes también dañaron la reputación del gobierno.

Estos problemas, añadidos al colapso de la política económica del gobierno producido por la forzada devaluación de la libra esterlina, significó que en octubre el señor Major se había convertido en el más impopular de los primeros minis-

(56) *The Independent*, 22 de mayo de 1992.

(57) *The Economist*, 10 de octubre de 1992, págs. 30-35.

(58) *Sunday Times*, 2 de febrero de 1992; *The Economist*, 16 de mayo de 1992; *The Times*, 7 de noviembre de 1992.

(59) *The Times*, 13 de junio y 15 de julio de 1992.

(60) *Sunday Times*, 29 de noviembre de 1992.

(61) IVON FALLON: «Scandal», *Sunday Times*, 25 de septiembre de 1992.

tros —según citas de los sondeos de opinión— (62). Algunos comentaristas pedían su dimisión, aduciendo que había cometido serios errores y perdido su autoridad (63). La euforia de la victoria de las elecciones de abril se había evaporado pronto.

Los problemas del Partido Laborista eran mucho más serios que los de los conservadores. En efecto, podían verse como una peligrosa crisis para el partido.

El problema central de los laboristas era identificar las razones por las que el partido había perdido sus cuartas elecciones consecutivas, para proponer cambios que permitieran ganar en el futuro y para implantar cambios dentro del partido. No faltaban los análisis y consejos relativos a la derrota laborista. «El Partido Laborista perdió porque el electorado lo contemplaba básicamente como inalterado» (64). «La lección del 9 de abril es que el Partido Laborista, en su estado actual, resulta inelegible incluso en las más propicias circunstancias» (65). Martin Jacques argumentaba que el Partido Laborista había fracasado en adaptarse a fundamentales cambios sociales que habían producido una cultura más individualista en Gran Bretaña, y que sólo una convergencia con los liberal-demócratas podría crear un nuevo partido de centro-izquierda para desafiar con éxito a los conservadores (66). Los analistas dentro del partido achacaban la derrota del partido a los «temores» de los votantes a que los laboristas resultaran un gobierno inviable, especialmente de cara a la política económica. «Al final, el Partido Laborista parecía conllevar demasiado riesgo», escribió un destacado parlamentario laborista (67). La Secretaría general del Partido Laborista también atribuía al «miedo» del electorado a un gobierno laborista la derrota del partido, especialmente durante la recesión económica (68).

No es fácil ver cómo podría el Partido Laborista eliminar ese miedo y tener más éxito. Habían iniciado ya un proceso de reforma radical de su política en el período anterior a las elecciones generales, bajo un líder que había efectivamente integrado las diferentes «alas» del partido, con gran moral entre los activistas del partido y haciendo frente a un gobierno teñido por la recesión, los laboristas no consiguieron con todo ganar las elecciones de 1992. Se sugirieron tres tipos de remedios:

Primero, las medidas políticas deberían cambiar aún más. Se reconoció que los intentos de aumentar la imposición para pagar programas de bienestar social

(62) *The Times*, 22 de octubre de 1992. Una encuesta Mori indicaba que sólo un 16 por 100 de los entrevistados «mostraban confianza» hacia el primer ministro; 77 por 100 estaban descontentos con su actuación en el cargo.

(63) PAUL JOHNSON: «Why the primer minister must go», *The Times*, 28 de octubre de 1992.

(64) *The Economist*, 18 de abril de 1992, pág. 11.

(65) *Sunday Times*, 19 de abril de 1992.

(66) «Wanted: new ways to prevent a painful death», *Sunday Times*, 18 de junio de 1992.

(67) JACK CUNNINGHAM: «Why Labour lost», *The Times*, 18 de junio de 1992.

(68) *The Times*, 30 de abril de 1992.

resultaban electoralmente impopulares. El partido evitaba culpar a John Smith (portavoz de finanzas y asuntos económicos durante las elecciones), quien había diseñado y abogado por estos aspectos del programa del Partido Laborista relativos a impuestos y planes de gasto —pero ese cuidado para no culparle podría haber sido para proteger su reputación, dado que se esperaba que Smith fuera el siguiente líder del partido (69).

Segundo, el partido podría cambiar a su líder y elegir a alguno más popular entre los votantes y con mayor capacidad para desafiar al señor Major en los debates de la Cámara de los Comunes. Al partido se le ofreció pronto esa posibilidad ante la decisión del señor Kinnock de dimitir poco después de las elecciones. Varios candidatos se presentaron a las elecciones de líder y vicelíder (El señor Hattersley había dimitido junto con el señor Kinnock). Tras una amarga batalla (en la que los candidatos dieron diferentes interpretaciones a la derrota laborista y sobre qué consecuencias que había que sacar de ello), en un Congreso electoral especial, John Smith (91 por 100) triunfó sobre Bryan Gould (9 por 100) para el puesto de líder y Margaret Beckett resultó elegida vicelíder (70).

Un tercer objetivo de cambio fue la organización del partido. «A todos los niveles del partido, resulta necesaria la reforma» (71). En particular, el papel dominante de los sindicatos dentro del partido era puesto en duda por muchos «reformistas» laboristas. Poco después de las elecciones, la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Laborista votó por 18 votos a favor frente a dos en contra, quitó el derecho de los sindicatos de usar «votos en bloque» en las comisiones que seleccionaban a los candidatos parlamentarios en las comisiones de las circunscripciones. Por añadidura, una comisión de investigación del partido iba a examinar todos los medios de vinculación entre el partido y los sindicatos afiliados, incluyendo el *status* de los sindicatos en el Congreso para elegir al líder del partido (72). En 1992, los sindicatos afiliados poseían el 87,2 por 100 de los votos en el Congreso del partido (en comparación con los delegados de las orga-

(69) *Sunday Times*, 3 de mayo de 1993.

(70) *Sunday Times*, 19 de julio de 1992. Los votos en el Congreso electoral se distribuían de la siguiente forma: los sindicatos afiliados tenían un 40 por 100; los parlamentarios laboristas un 30 por 100; los delegados de las circunscripciones del partido un 30 por 100.

(71) JACK CUNNINGHAM: «Why Labour lost», *The Times*, 18 de junio de 1992.

(72) *The Times*, 28 de mayo de 1992. Los sindicatos afiliados al Partido Laborista tenían votos en el Congreso anual en relación con el número de miembros de sus sindicatos que los sindicatos afirmaban que habían pagado la suscripción política adicional a sus sindicatos. Esto significaba que muchos sindicatos tenían un número muy amplio de afiliados (y, por tanto, de votos en el Congreso), incluso aunque muchos de esos miembros: 1) pudieran no estar de acuerdo con lo que el sindicato estaba votando en su nombre en el Congreso Laborista, y 2) pudieran votar de hecho regularmente en las elecciones generales al Partido Conservador. De hecho, la presión de los sindicatos dentro del Partido Laborista forzaba el posponer cualquier recorte de su poder dentro del partido (*The Times*, 25 de junio de 1992).

nizaciones locales del partido que poseían sólo un 11,7 por 100 de los votos). ¡Los dos sindicatos más grandes poseían ya solos un 19,4 por 100 y un 14,3 por 100, respectivamente! (73). En octubre, el Congreso del partido aceptó una reducción de porcentaje de votos controlado por los sindicatos a un 70 por 100 para futuros Congresos (74). Un análisis académico de los problemas del Partido Laborista destacaba el fracaso del partido en aumentar el número de los afiliados individuales de las agrupaciones locales (lo cual diluiría automáticamente el porcentaje de votos en el Congreso de los sindicatos) y la incapacidad del Partido Laborista para utilizar el entusiasmo y talento de aquellos nuevos miembros que no se sumaban a las organizaciones locales del partido (75). En 1992 los miembros individuales del partido eran 261.000: 50.000 menos que en 1991, y el nivel más bajo de afiliación del Partido Laborista desde el final de la Segunda Guerra Mundial (76).

El poder de los sindicatos en el partido estaba estrechamente asociado a los problemas financieros del Partido Laborista. El partido tenía una deuda de 2,5 millones de libras y una estimación tras las elecciones de sus finanzas mostraba que, atendiendo esa deuda, los ingresos posibles serían probablemente un 30 por 100 más bajos en los próximos años que lo que habían sido en 1991 (77). Los sindicatos —que habían contribuido con cinco millones de libras a los 7,5 millones de los fondos del partido para las elecciones generales— se negaron a aumentar las contribuciones al partido. En cualquier caso, la afiliación sindical, que era la fuente de las propias finanzas de los sindicatos, estaban en descenso: 8,1 millones de libras en 1992, en comparación con los 12,2 millones en 1979 (78). El partido había presentado una propuesta de financiación estatal para los partidos políticos que podría suponer una suma de 50 peniques por cada voto recibido por cada partido que obtuviera un mínimo de un 5 por 100 de votos en las elecciones generales, pero esta propuesta no sería probablemente aceptada por el Partido Conservador (79). La reducción en la plantilla de personal de la sede central en un tercio y una reducción en el número de comisiones del partido fueron algunas de las medidas económicas anunciadas por el partido en 1992 (80).

(73) *The Times*, 1 de octubre de 1992.

(74) *The Times*, 2 de octubre de 1992.

(75) PATRICK SEYD y PAUL WHITELEY: *Labours's Grass Roots* (Oxford University Press, 1992).

(76) *The Times*, 1 de octubre de 1992.

(77) *The Independent*, 23 de mayo de 1992.

(78) *Sunday Times*, 10 de mayo de 1992. En efecto, el sindicato con mayor número de afiliados, Unión General de Trabajadores y del Transporte, anunció que podría reducir sus cifras de afiliación y en consecuencia su contribución financiera al partido (*The Times*, 4 de diciembre de 1992).

(79) *Sunday Times*, 26 de enero de 1992.

(80) *The Times*, 29 de octubre de 1992.

De este modo, el Partido Laborista se enfrentaba a otros cuatro o cinco años de oposición bajo un nuevo líder, el cual había de trabajar con una Comisión Ejecutiva Nacional que se mostraba muy libre con respecto a las críticas de dentro del partido (81). Su «gabinete en la sombra» (que incluía a cinco mujeres) integraba tanto a los del ala izquierda como del ala derecha del partido —aunque su oponente al liderazgo, Bryan Gould, dimitió del «gabinete en la sombra» para poder hablar más libremente en contra de la política y estrategias de Smith—. No había ningún signo de que el partido estuviera preparado para afrontar reformas más radicales: ese proceso de «autodestrucción creativa» (82) que los comentaristas habían recomendado como necesario para poder alcanzar el poder. Incluso el cambio de líder pronto se mostró insatisfactorio: el estilo desenfadado y sin inspiración del señor Smith y su falta de deseo de reformar el partido provocaron las críticas dentro del partido seis meses después de su elección (83). El partido, afirmaba uno de los propios parlamentarios laboristas más destacados, tiene que aumentar su apoyo electoral, especialmente entre grupos tales como las madres trabajadoras. Podría hacerlo sólo siendo una oposición activa, ofreciendo alternativas reales, atrayentes a la política del gobierno. «La oposición sólo tiene éxito si representa una amenaza para el poder del gobierno» (84).

Los liberal-demócratas no tuvieron realmente problemas tras las elecciones. Su problema seguía siendo el ser un «tercer partido» mediano, en desventaja a causa del sistema electoral británico e incapaz de usar su posición de «pivot» en el centro del sistema de partidos hasta que se produjera un Parlamento «hung». Después de las elecciones, el señor Ashdown, el líder del partido, sugirió que su partido y el Partido Laborista intentarían formar una «coalición de ideas» (85). Fue criticado dentro de su partido por no consultar suficientemente antes de hacer tal propuesta. Cuando esa consulta tuvo lugar, sin embargo, se produjo un apoyo general hacia la propuesta del señor Ashdown y en septiembre se suscribió por el Congreso anual de los liberal-demócratas (86). La reacción del Partido Laborista, no obstante, fue inconcreta y nada alentadora.

(81) *The Times*, 29 de septiembre de 1992. El señor Kinnock resultó cabeza de lista de los elegidos; el señor Gould, rival del Sr. Smith por el liderazgo del partido, no logró obtener un puesto.

(82) *The Economist*, 18 de abril de 1992, pág. 11.

(83) ANDREW GRICE: «Plain John Smith», *Sunday Times*, 22 de noviembre de 1992; *Daily Telegraph*, 8 de diciembre de 1992, citando un informe de la Comisión Laborista de Coordinación.

(84) HARRIET HARMAN: «How to win friends and influence voters in the new territory», *Sunday Times*, 17 de mayo de 1992. Un informe del Partido Laborista había identificado ya niveles insuficientes de apoyo electoral entre votantes femeninas de más de treinta y cinco años y hombres por debajo de los veinticinco años; ANDREW GRICE, «Facing-up to the reality of defeat!», *Sunday Times*, 3 de mayo de 1992.

(85) *Sunday Times*, 10 de mayo de 1992.

(86) *The Times*, 19 de junio y 10 de septiembre de 1992; *Daily Telegraph*, 17 de septiembre de 1992.

Tanto antes como después de las elecciones generales, la economía fue el tema principal de la agenda parlamentaria. Los altos tipos de interés se contemplaban como un obstáculo para recobrase de la recesión. A causa de los altos tipos de interés se necesitaron proteger los tipos de cambio de la libra esterlina en el Sistema Monetario Europeo. Economistas y políticos experimentados apelaban al abandono por Gran Bretaña del Sistema Monetario Europeo, permitiendo a la libra esterlina alcanzar las cifras de cambio determinadas por el mercado y los tipos de interés se reducirían considerablemente (87). El primer ministro afirmó en varias ocasiones que Gran Bretaña no dejaría el SME ni devaluaría la libra esterlina (88). Pero en septiembre la libra se vio sometida a la presión de los mercados de divisas extranjeros. El Canciller del Tesoro consiguió un préstamo de 7,25 billones para defender la libra, pero esto no evitó las enormes especulaciones a mediados de septiembre, que supusieron unas grandes presiones para la libra. Incluso la introducción de tipos de interés más altos no evitó la devaluación de la libra y su salida del sistema de tipos de cambio europeo.

Esta devaluación tuvo varias consecuencias. Fue una humillación para el primer ministro y el Canciller del Tesoro, porque eso significaba el abandono de su estrategia económica central. Hubo peticiones de dimisión del Canciller del Tesoro (89). Condujo a un empeoramiento de las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania, puesto que el gobierno y la prensa acusaban al *Bundesbank* de forzar al gobierno británico a devaluar la libra y la ayuda dada por el Banco Central alemán para ayudar a los franceses para proteger el franco se contradecía con la falta de ayuda ofrecida para defender la libra. Sin embargo, eso permitió al Gobierno británico reducir los tipos de interés (ahora que la política del gobierno consistía en permitir un tipo de cambio que encontrara su nivel en el mercado), lo cual estimulaba la recuperación económica. Hacia noviembre, los tipos de interés estuvieron en sus mínimos desde 1978 y los tipos hipotecarios de las casas se redujeron también sustancialmente, lo cual alentó a la construcción (90).

La cifras de desempleo seguían siendo elevadas. En marzo (antes de las elecciones) había 2.640.000 desempleados y ese número aumentó ininterrumpida-

(87) Por ejemplo, Sir Alan Walters (anterior consejero económico de la señora Thatcher) sugería una devaluación de la libra de un 12 por 100 (*Sunday Times*, 5 de enero de 1992). Sir Nicholas Ridley (anterior ministro y consejero cercano a la señora Thatcher), también deseaba que Gran Bretaña abandonara el SME («Float the pound and sink Labour», *The Times*, 8 de enero de 1992).

(88) Por ejemplo: *Sunday Times*, 12 de julio de 1992.

(89) *The Times*, 18 de septiembre de 1992.

(90) *The Times*, 13 de noviembre de 1992.

mente a lo largo del año. En diciembre la cifra de desempleados se acercaba a los tres millones. La cifra de inflación era en marzo de 4,1 por 100: por debajo del tipo alemán por primera vez desde los años sesenta (91). Bajó constantemente a lo largo del año. El control de la inflación se convirtió en el elemento central de la política económica del señor Major después de que la libra abandonara el sistema europeo de tipos de cambio. Para favorecer los bajos niveles de aumento salarial impuso un 1,5 de límite en el pago de aumentos para los empleados del sector público (92) y convenció a los parlamentarios para que votaran la no subida de las asignaciones de los parlamentarios para el año siguiente (93).

Se introdujo un nuevo sistema de control del gasto público, mediante el cual el gobierno decidiría el total de dinero disponible para el gasto público, permitiendo entonces a los Ministerios pujar por un porcentaje del mismo. (El viejo sistema consistía en recibir primero las demandas del Ministerio, imponiendo el total únicamente a partir de las ofertas hechas por los ministros.) (94).

Verdaderamente el gasto público se estaba incrementando a niveles peligrosos a causa de la recesión, lo cual significaba más altos niveles de pagos por desempleo, por ejemplo, y provocaba menores ingresos impositivos. En noviembre, la deuda del sector público era alrededor de nueve billones de libras más alta que las previsiones en el presupuesto de marzo y representaba el 6 por 100 de los ingresos nacionales. Para 1995-1996 las previsiones de gasto público se estimaba que alcanzarían el 44 por 100 de los ingresos nacionales, comparado a menos del 40 por 100 en los últimos años ochenta (95).

Otro problema económico del gobierno se derivó de sus planes para reducir los subsidios de la industria del carbón. La decisión forzaba a la Compañía carbonífera a anunciar los planes para cerrar 31 pozos, con la pérdida de 30.000 empleos. Las protestas de los mineros y las manifestaciones de simpatizantes llevaron a posponer el cierre mientras se acometía la revisión de la viabilidad económica de las minas amenazadas (96).

El tema que más amenazó al gobierno fue el Tratado de Maastricht. La legislación para ratificar el Tratado comenzó su paso a través de la Cámara de los Comunes en otoño. Dentro del Partido Conservador había grupos opuestos a toda ulterior integración en la Comunidad Europea, o más bien opuestos a la estrategia de unión política contenida en el Tratado de Maastricht. Algunos de esos

(91) *The Times*, 21 de marzo de 1992.

(92) *The Times*, 13 de noviembre de 1992.

(93) *The Times*, 28 de octubre de 1992. El resultado de la votación fue 321-103.

(94) *The Economist*, 25 de julio de 1992, pág. 32.

(95) PETER RIDDELL: «Two cheers for the Chancellor», *The Times*, 13 de noviembre de 1992.

(96) *The Economist*, 17 de octubre de 1992, pág. 29, y 24 de octubre de 1992, pág. 29.

ponentes deseaban un referéndum sobre el Tratado, creyendo que el electorado británico imitaría al pueblo danés y rechazaría el Tratado (97). En su demanda a favor de un referéndum, los parlamentarios se vieron apoyados por algunos periódicos y *The Economist*, que afirmaba: «Un referéndum resultaría prudente a la vez que legal» (98). En junio una encuesta mostraba que un 74 por 100 de los encuestados deseaban un referéndum; sólo un 21 por 100 se oponían a un referéndum (99). El primer ministro y el Partido Laborista se oponían al referéndum, pero los liberal-demócratas lo apoyaban con fervor (100).

Después de una temprana demostración de fuerza en mayo (cuando 92 parlamentarios conservadores decidieron no votar con el gobierno sobre este tema) (101), el primer ministro pensaba de dimitir si no conseguía convencer al Parlamento de que ratificara el Tratado (102). Después de que el referéndum danés rechazara el Tratado, el señor Major se mostró de acuerdo en mantener un debate más prolongado, desde el momento en que todo el Tratado no podía ratificarse sin el asentimiento danés. En noviembre el primer estudio de este procedimiento legislativo resultó completamente satisfactorio, al obtener el gobierno una mayoría de sólo tres votos (26 parlamentarios conservadores votaron en contra del gobierno y seis se abstuvieron) (103).

Los problemas que el señor Major había tenido con el Tratado de Maastricht fueron sólo parte de las dificultades a las que se enfrentó el gobierno británico con respecto a la Comunidad Europea. En febrero, el gobierno rechazó las propuestas del señor Delors de incrementar los fondos disponibles para la Comunidad Europea en un 30 por 100 para los próximos cinco años (104). El apoyo del señor Major para una pronta ampliación de la Comunidad Europea como una prioridad para el período de presidencia británico del Consejo de Ministros de la Comunidad (julio-diciembre de 1992) no era compatible con la estrategia Delors para una integración más profunda antes que más amplia. El señor Heath, anterior primer ministro, criticó al señor Major por apoyar la expansión de la Comunidad Europea, especialmente con miras a la Europa del Este, afirmando que las democracias

(97) Un sondeo mostraba un 68 por 100 opuestos y sólo un 32 por 100 a favor (*The Times*, 5 de octubre de 1992). En diciembre un sondeo Gallup mostraba un 55 por 100 en contra frente a un 45 por 100 a favor (*Daily Telegraph*, 9 de diciembre de 1992).

(98) 31 de octubre de 1992, pág. 17. Véase también un editorial del *Sunday Times*, 8 de noviembre de 1992, que apoyaba un referéndum, y un editorial de *The Times*, «Let the people speak», 22 de septiembre de 1992.

(99) *Sunday Times*, 7 de junio de 1992.

(100) *The Times*, 4 de junio, 12 y 29 de septiembre de 1992.

(101) *Daily Telegraph*, 22 de mayo de 1992.

(102) *Sunday Times*, 28 de junio de 1992.

(103) *The Times*, 5 de noviembre de 1992.

(104) *The Times*, 13 de febrero de 1992.

del Este europeo podrían resultar muy frágiles (105). En diciembre, en la «cumbre» de Edimburgo de Jefes de Estado y de Gobierno comunitarios, se consideró que el señor Major se había garantizado un resultado satisfactorio, especialmente al limitar los fondos adicionales disponibles para los Estados miembros más pobres (Portugal, España, Grecia e Irlanda), la apertura de negociaciones concernientes a la adhesión de Finlandia, Suecia, Austria y Noruega y al frenar los poderes de la Comisión de la Comunidad Europea (106).

Inusualmente, el papel de la Monarquía fue uno de los principales temas políticos de 1992. Con un fondo de problemas maritales de los hijos de la Reina, las cuestiones de la motivación y los costes de la Monarquía se debatieron en los medios de comunicación y llegaron al Parlamento. El anuncio de que el Estado pagaría los costes de la restauración del Castillo de Windsor tras el fuego que dañó partes del mismo, revivió el tema de la exención de impuestos de la Reina. A finales de noviembre, la Reina anunció que en el futuro pagaría impuestos, tras un período de cincuenta y cinco años de exención monárquica (107). En diciembre el anuncio de que el heredero al trono, el príncipe Carlos, y su esposa iban a separarse (aunque no divorciarse) suscitó dos cuestiones. Una era la de la sucesión: ¿podría el príncipe Carlos convertirse en Rey ante tales circunstancias maritales?, ¿y si él y la princesa Diana se separaban después?, ¿y si se volvía a casar Carlos? En particular, el papel del monarca como cabeza de la Iglesia anglicana podría verse afectado por tal sucesión. Se sugería la posibilidad de que el príncipe Carlos renunciara al trono en favor de su hijo, el príncipe Guillermo (108). La otra cuestión era el objeto del papel político del monarca, y si una presidencia no sería más apropiada para la Jefatura del Estado. La familia real verdaderamente trabajaba mucho: en 1991 sus miembros cumplieron con 3.270 diferentes acontecimientos (un incremento de un 10 por 100 sobre 1990) (109), pero generalmente no se trataba de actos políticamente relevantes y podrían mantenerse sin que la Reina tuviera el *status* de Jefe del Estado (110).

¿Podría el príncipe Carlos —o el príncipe Guillermo— ser Rey en el próximo siglo?, ¿cuál podría ser la duración de su reino?

Irlanda del Norte y Escocia continuaron siendo asuntos políticamente sensibles durante 1992. Una serie de atentados con bombas a lo largo del año (de los

(105) *The Times*, 10 de marzo de 1992; *The Independent*, 22 de mayo de 1992.

(106) *Sunday Times*, 13 diciembre de 1992.

(107) *The Times*, 24 y 28 de noviembre de 1992.

(108) *The Times*, 10 de diciembre de 1992.

(109) *The Times*, 2 de enero de 1992.

(110) Una encuesta Mori mostraba que sólo un 50 por 100 de los encuestados se mostraban de acuerdo en que Gran Bretaña estaría peor sin una Monarquía (frente a un 84 por 100 en 1984). Un 32 por 100 decían que no habría diferencias y un 14 por 100 pensaban que Gran Bretaña estaría mejor sin ella. Un 30 por 100 consideraban que la Monarquía no existiría en un plazo de cincuenta años (*Sunday Times*, 14 de junio de 1992).

que la organización terrorista Ejército Republicano Irlandés se proclamó responsable) incluido uno en enero cercano a la residencia del primer ministro en el 10 de Downing Street. En enero un sondeo de opinión mostraba escaso apoyo entre el electorado británico en favor de una Irlanda unida (22 por 100). Un 34 por 100 deseaban que Irlanda del Norte permaneciera como parte del Reino Unido y un 29 por 100 preferían un Estado independiente para Irlanda del Norte (111). De los votantes escoceses, en enero un 40 por 100 deseaba la independencia de Escocia; 44,2 por 100 deseaban permanecer como parte del Reino Unido, pero con mayor autonomía y una asamblea elegida en Escocia con competencias fiscales, y un 15 por 100 preferían el *status quo* (112). Las elecciones generales demostraron de nuevo en qué medida el Partido Conservador gobernante era una minoría en Escocia. Sin embargo, el hecho de que los conservadores tuvieran una mayoría parlamentaria hacía improbable que se hicieran concesiones para lograr una autonomía escocesa mayor.

Un grupo de laboristas y de nacionalistas escoceses autodenominándose «Escocia Unida» organizaron una manifestación en Glasgow después de las elecciones para pedir un referéndum sobre la independencia de Escocia (113). No había ningún signo de que el apoyo en Escocia para tales estrategias fuera lo suficientemente fuerte como para persuadir a John Major de que cambiara su política con referencia al puesto de Escocia en el Reino Unido.

VI. PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO

La nueva Cámara de los Comunes que se reunió después de las elecciones generales comenzó su primer período de sesiones largo (de dieciséis meses) eligiendo a la primera mujer *speaker* (quien preside los procedimientos parlamentarios). Betty Boothroyd (una parlamentaria laborista) derrotó a Peter Brooke (conservador) por 372 votos frente a 228. Se estimó que 74 parlamentarios conservadores votaron a favor de la señora Boothroyd (114). Su habilidad para controlar a la nueva Cámara de los Comunes se comprobó pronto, a causa de la escasa minoría poseída por el gobierno y los problemas consiguientes de los derechos de los parlamentarios de la oposición y de los parlamentarios conservadores no pertenecientes al gobierno que deseaban mostrarse críticos con el gobierno. Para los parlamentarios que no eran miembros del gobierno, esto representaba una oportunidad: «Para los parlamentarios, la estrecha mayoría es una liberación...

(111) *The Times*, 28 de enero de 1992.

(112) *Sunday Times*, 26 de enero de 1992.

(113) *The Economist*, 18 de abril de 1992, pág. 25.

(114) *The Times*, 28 de abril de 1992.

pueden usar su poder recién hallado para perfilar el curso de la política gubernamental» (115).

Un método mediante el cual podía utilizarse tal poder era a través de la participación en comisiones permanentes de la Cámara de los Comunes. Aunque hubo algunos retrasos en la composición de estas comisiones, porque el liderazgo del Partido Conservador inventó una regla para sus parlamentarios que les impedía ser miembros de la misma comisión por más de tres períodos parlamentarios. Esto parecía una maniobra realizada para cambiar a cierto número de diputados de las comisiones que se hubieran caracterizado por mostrarse críticos hacia la política gubernamental (116). Una prueba de la autoridad de las comisiones permanentes se produjo con la muerte de Robert Maxwell, el editor periodístico, y el descubrimiento después de su muerte de la aparente mala apropiación de los fondos de la pensión por parte de sus compañías. En enero la Comisión de Seguridad Social requirió a los dos hijos de Maxwell para que prestaran declaración en unas sesiones, pero se negaron sobre la base de que tal declaración podría ser un asunto de tratamiento judicial. El presidente de la Comisión afirmó que tal rechazo puso de relieve las consecuencias constitucionales sobre el poder del Parlamento, en general, y de sus comisiones permanentes, en particular (117).

El volumen de trabajo de los parlamentarios siguió incrementándose. En 1991 se contestaron unas 32.000 preguntas orales y escritas, con un promedio de coste de 50 libras por pregunta (un total de 1,6 millones de libras) (118). En 1992 los parlamentarios habían escrutado 3.499 instrumentos estatutarios —una forma de regulación legislativa que no requiere debate en Parlamento— el número más elevado que nunca (¡y eso con un gobierno conservador que asegura estar eliminando regulaciones!) (119). Para favorecer el manejo de este volumen de trabajo, los parlamentarios votaron (en contra de los deseos del gobierno) en favor de un incremento de sus gastos de 11.000 libras al año. Esto convirtió el gasto total disponible en un año en 39.960 al año: lejos de lo recibido por los miembros del Parlamento Europeo (74.950 libras) y aún menos que muchos legislativos en otros países europeos destinado a sus miembros (120). En febrero, la Comisión Permanente de Sesiones de la Cámara de los Comunes propuso que diez viernes de cada año se dejaran libres para reuniones del Parlamento, para permitir a los parlamentarios tener más tiempo para atender a sus circunscripciones. Asimismo,

(115) *The Times*, 24 de octubre de 1992.

(116) *The Times*, 14 de julio de 1992. El Partido Laborista no utilizaba esta norma, tampoco los conservadores la aplicaban sistemáticamente a todos sus parlamentarios.

(117) *The Economist*, 18 de enero de 1992, pág. 37; *The Times*, 14 de enero de 1992.

(118) *The Times*, 15 de enero de 1992.

(119) *The Times*, 18 de febrero de 1992.

(120) *The Times*, 10 y 15 de julio de 1992. Esto no incluye los salarios de los parlamentarios mismos.

proponía terminar las sesiones diarias no más tarde de las diez de la noche y reunirse los miércoles por la mañana para compensar esto. Se sugería también que los parlamentarios que estuvieran enfermos pudieran utilizar la delegación de voto (121). Ninguno de estos cambios se implantó durante 1992.

Los miembros de la Cámara de los Lores habían aumentado y cobrado fuerza por el reclutamiento de varios políticos experimentados que habían acabado sus carreras en la Cámara de los Comunes con las elecciones de 1992. La señora Thatcher, Geoffrey Howe, Denis Healey, Nigel Lawson, Cecil Parkinson, Norman Tebbit, Nicholas Ridley y David Owen eran los más destacados de entre ellos.

La Cámara de los Lores adoptó dos decisiones significativas en relación con sus procedimientos. Rechazó una propuesta que hubiera permitido que la nobleza pasara el título a las mujeres con preferencia sobre los hombres (y con ello el derecho para pertenecer a la Cámara de los Lores), si eran las primogénitas (122). La Cámara de los Lores había rechazado también la introducción de un registro obligatorio de los intereses financieros de los pares, que ya poseía la Cámara de los Comunes. La razón es que era imposible expulsar a un miembro de la Cámara de los Lores si él (o ella) no cumplimentaba los requisitos de registro. La Cámara de los Lores decidió continuar confiando en que los pares actuaban honorablemente, al declarar cualquier interés financiero que pudiera afectar su voto sobre legislación (123).

La Cámara de los Comunes tenía un número inusual de nuevos miembros tras las elecciones de abril (140, de los que trece habían sido previamente parlamentarios, aunque no en el período 1987-92). La media de edad era de cuarenta y un años. El 15 por 100 de ellos eran mujeres. Estos recién llegados incluían a una ganadora de un *Oscar*: Glenda Jackson (laborista), y un atleta ganador de una medalla de oro olímpica: Sebastian Coe (conservador) (124). Necesitarían intentar la reelección sólo después de cuatro o cinco años, en el momento elegido por el primer ministro. El programa electoral del Partido Laborista podría haber cambiado esto introduciendo un término fijado de períodos parlamentarios, con la posibilidad únicamente de disolución parlamentaria por una emergencia (125). La cuarta victoria electoral del Partido Conservador había impedido que tal reforma se implantara.

(Traducción: A. ELVIRA.)

(121) *Daily Telegraph*, 22 de febrero de 1992.

(122) *The Times*, 27 de noviembre de 1992. El resultado fue de 60 votos en contra frente a 33 a favor.

(123) *The Times*, 10 de noviembre de 1992.

(124) NEIL TESTER: «The reinforcements», *The House Magazine: The parliamentary weekly*, 27 de abril de 1992, pág. 12.

(125) *The Times*, 19 de marzo de 1992.